



PERÚ

Ministerio de Cultura



BICENTENARIO
PERÚ

COLECCIÓN MANERAS PERUANAS

ANA LIRA

Heroína de nuestra Policía Nacional



Brenda Román - David Cárdenas

ANA LIRA

Heroína de nuestra Policía Nacional

**GUION DE BRENDA ROMÁN
DIBUJOS DE DAVID CÁRDENAS**



PERÚ

Ministerio de Cultura



**BICENTENARIO
PERÚ**

BIBLIOTECA BICENTENARIO
Colección Maneras Peruanas, 9

Ana Lira: heroína de nuestra Policía Nacional

Primera edición digital, mayo de 2025

© Ministerio de Cultura del Perú
Sello editorial - Proyecto Especial Bicentenario de la Independencia del Perú
Av. Javier Prado Este 2465 - San Borja, Lima 41, Perú

Ministro de Cultura: Fabricio Valencia Gibaja
Director ejecutivo del Proyecto Especial Bicentenario: Percy Yhair Barranzuela Bombilla
Jefa de la Unidad de Gestión Cultural y Académica-PEB: Mariela Noriega Alegría
Coordinador del proyecto Colección Bicentenario: Agustín Panizo Jansana

Guion: Brenda Román
Ilustración: David Cárdenas

Conceptualización de la colección: Jaime Vargas Luna
Entrevistas, selección, recojo y sistematización de la investigación: Brenda Román, a partir del capítulo "Memorias de una heroína" del libro *El Perú tiene rostro de mujer*, de Luis Carlos Gonzáles (Mesa Redonda, 2022: 19-40).

Coordinación editorial y edición de textos: Renzo Palacios Medina
Asesoría gráfica y revisión de color: Grisel Vargas Velarde
Colorización: Javier Soto

ISBN 978-612-5152-82-4
Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2025-01966

Se permite la reproducción parcial siempre y cuando se cite la fuente.

"Aquella época, la década de los ochenta e inicios de los noventa, fue la más violenta y cruenta. Se vivía un clima de incertidumbre tremenda; era imposible tener metas o proyectos a futuro. Y si lo hacías, tus planes caían rápidamente. Uno veía derrumbarse cualquier sueño que intentaba realizar.

El país pasaba por momentos apremiantes en todos los sectores. Sobre todo, en materia económica, social e ideológica".

- Ana Lira



Desde 1989 hasta 1992, Lima Metropolitana se convirtió en el lugar principal de las acciones armadas del grupo terrorista Sendero Luminoso.

Y se incrementó el número de paros armados, emboscadas a patrullas policiales y ataques violentos a comisarías.

Entre febrero y junio de 1992, se registró la muerte de varios efectivos policiales en atentados contra locales de instituciones públicas y privadas.





ANA LIRA

Heroína de nuestra Policía Nacional

Desde pequeña, Ana Carolina Lira Chumpigahua sintió una profunda vocación de servicio. En un principio soñaba con ser maestra, con educar y guiar a futuras generaciones. Sin embargo, las circunstancias la llevaron por otro camino, el de la policía.

Movida por el deseo de proteger y servir a su comunidad, ingresó a la Escuela Femenina de la Policía, entonces conocida como la Guardia Republicana del Perú, de donde egresó en 1985.

Dos años después, en 1987, encontró el amor en Elfren Santiago Poémape Zorrilla, también miembro de la Policía Nacional. Juntos construyeron una familia, y para 1992 eran padres de dos pequeños; uno de cuatro años y el menor de un año.

Ana ya había alcanzado el grado de suboficial de primera y vivían en la urbanización Mariscal Cáceres, en Canto Grande, distrito de San Juan de Lurigancho. Pero la felicidad que había construido se vio truncada por un ataque que marcó su vida para siempre.

Años después, decidió contar su historia, no solo para mantener viva la memoria de lo ocurrido, sino para dar voz a todos los policías que, como ella, fueron víctimas de la violencia terrorista. A través de sus recuerdos, nos convertiremos en testigos de su sacrificio, su lucha y su resiliencia.

Su testimonio es un homenaje a todos aquellos que enfrentaron el horror con valentía, es un grito de justicia que nos recuerda que su historia nunca debe ser olvidada.

Urbanización Mariscal Cáceres, Canto Grande,
San Juan de Lurigancho, 1992



Gracias a un sorteo de Mutual Perú, Elfen y yo compramos una casita. Al comienzo me alegré mucho por ello. Pero poco a poco me empezó a invadir una angustia. Yo sabía que estábamos en una "Zona Roja". Así se les llamaba a las zonas que estaban bajo dominio de Sendero Luminoso. Y ya me había enterado de que algunos colegas habían muerto en ataques y atentados.

A veces me dolía la cabeza y no podía dormir.
Le rogaba a Dios en silencio que nada le
pasara a mi familia, a mi esposo...



Si le pasara algo... ¿cómo haría para
criar sola a mis hijos?



Tranquila, amor. Todo
estará bien.



Pero dentro de mí, podía sentir que se aproximaba el peligro.

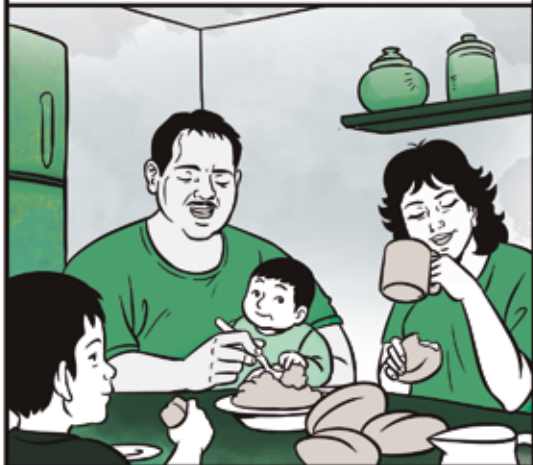
Hasta que llegó el día que cambiaría mi vida para siempre: el 31 de marzo de 1992.



Como pocas veces, durante esos días ¡dormí siete horas! Así que me levanté con mucha energía.



Mi rutina era alistarme e ir al trabajo.

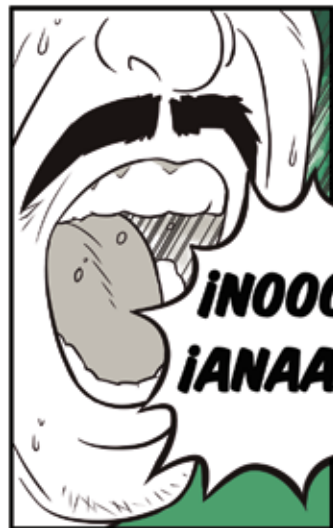


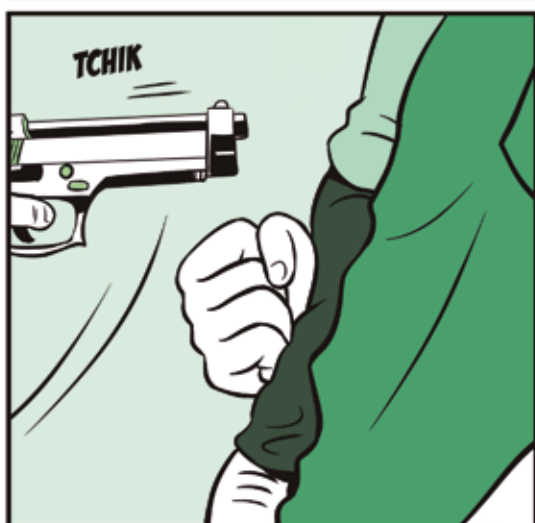
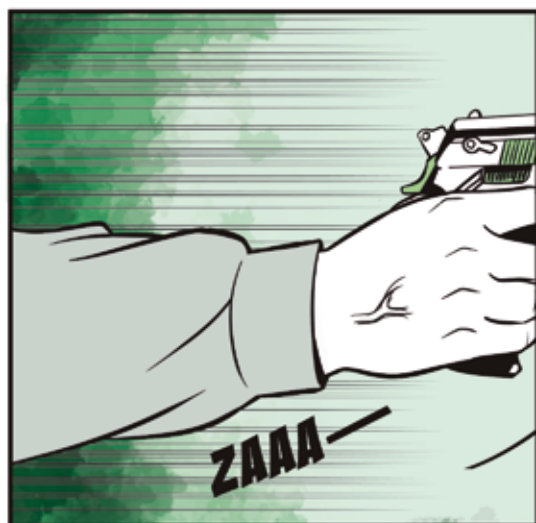
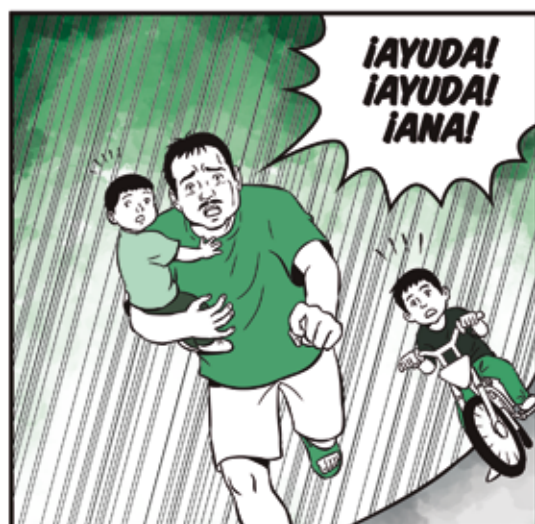
Pero esa mañana, extrañamente, me detuve frente al espejo de la sala más tiempo de lo usual...



















¡Anita,
no te
mueras!

¡No puedes
dejarme
solo, tienes
que vivir!

¡Te amo!...
¡Te necesito!

¿Se fueron?...

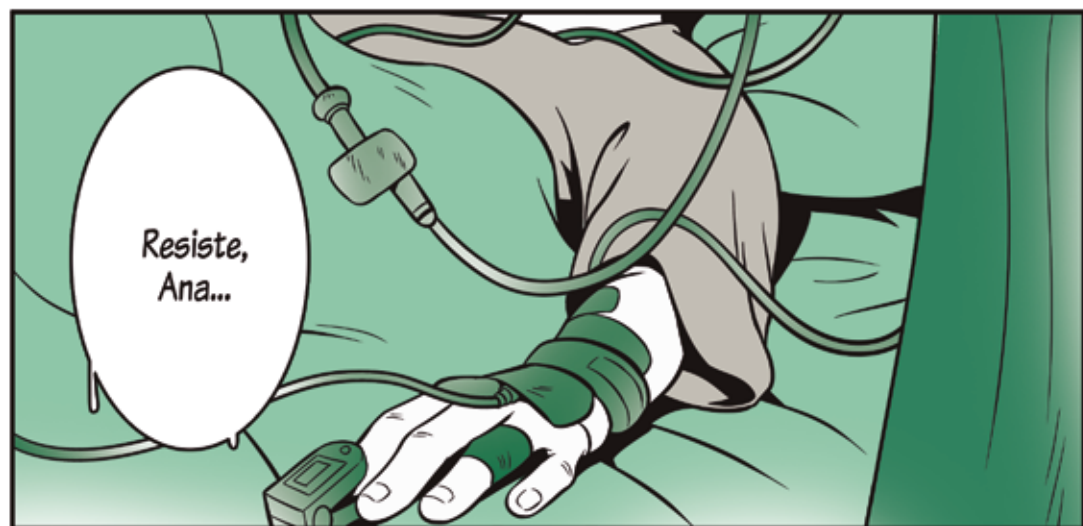
Sí...

Llévame al
hospital.

¡AYUDA!
¡AYUDA!







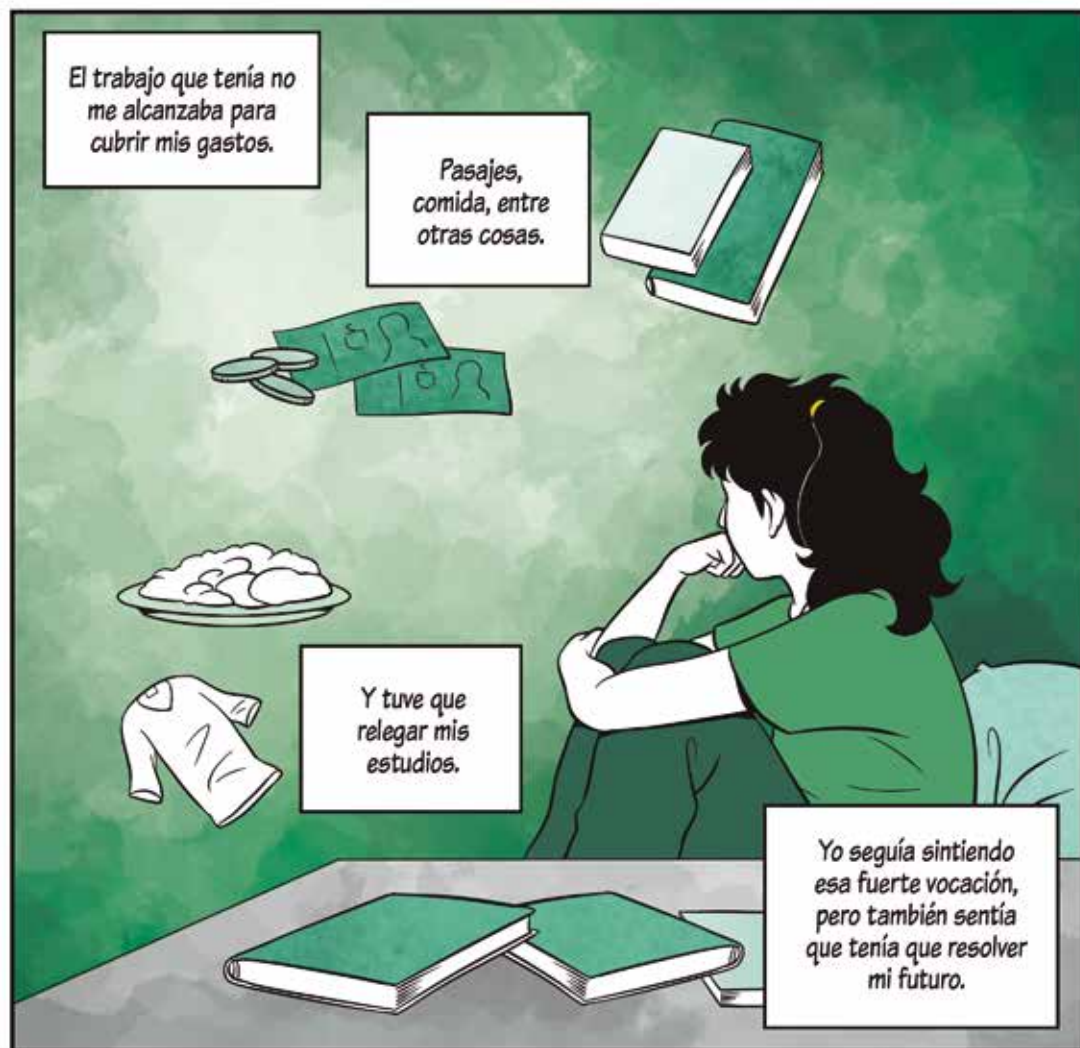
Conozcamos la historia de
ANA LIRA
Heroína de nuestra Policía Nacional



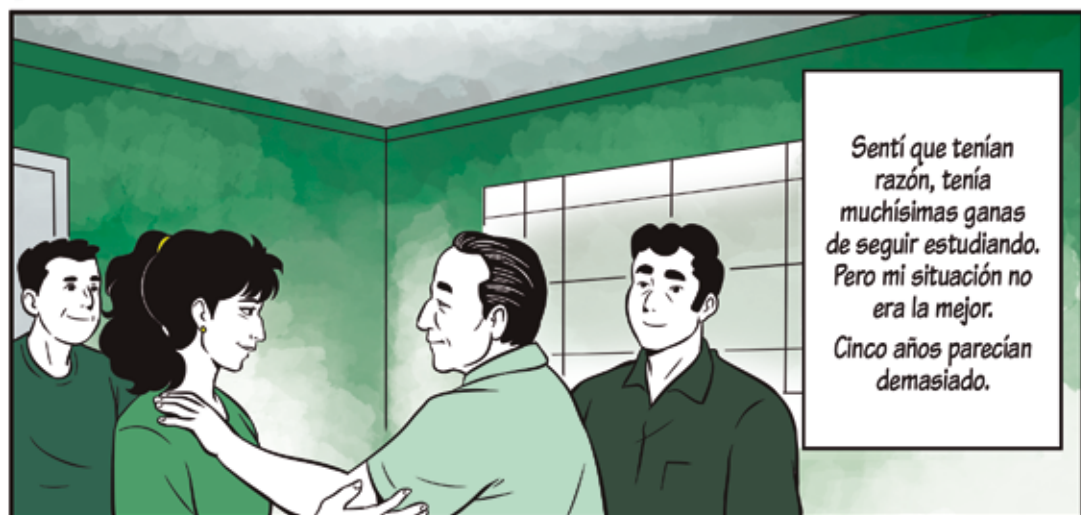












Era un mundo nuevo para mí.

La preparación física para el ingreso fue difícil, y tenía poco tiempo.



Fue un gran esfuerzo durante dos meses.

Gracias a las rutinas continuas en el gimnasio, natación y atletismo, en poco tiempo vi resultados.

Me convertí en una mujer fuerte.





Llegó el día de la prueba, y me sentía nerviosa. Yendo hacia el examen, pensé con mucha vehemencia en hacerme un lugar dentro de la Policía Nacional del Perú.

Demonstré que merecía ese lugar. Saqué el mejor puntaje de la prueba física.

PRUEBA
FÍSICA

Tuve una excelente nota en la prueba de conocimiento.



Y en la entrevista dije lo que sentía y sentiré toda mi vida:

Quiero ser policía para servir al pueblo, y proteger a la ciudadanía.
Quiero servir a mi patria eternamente.



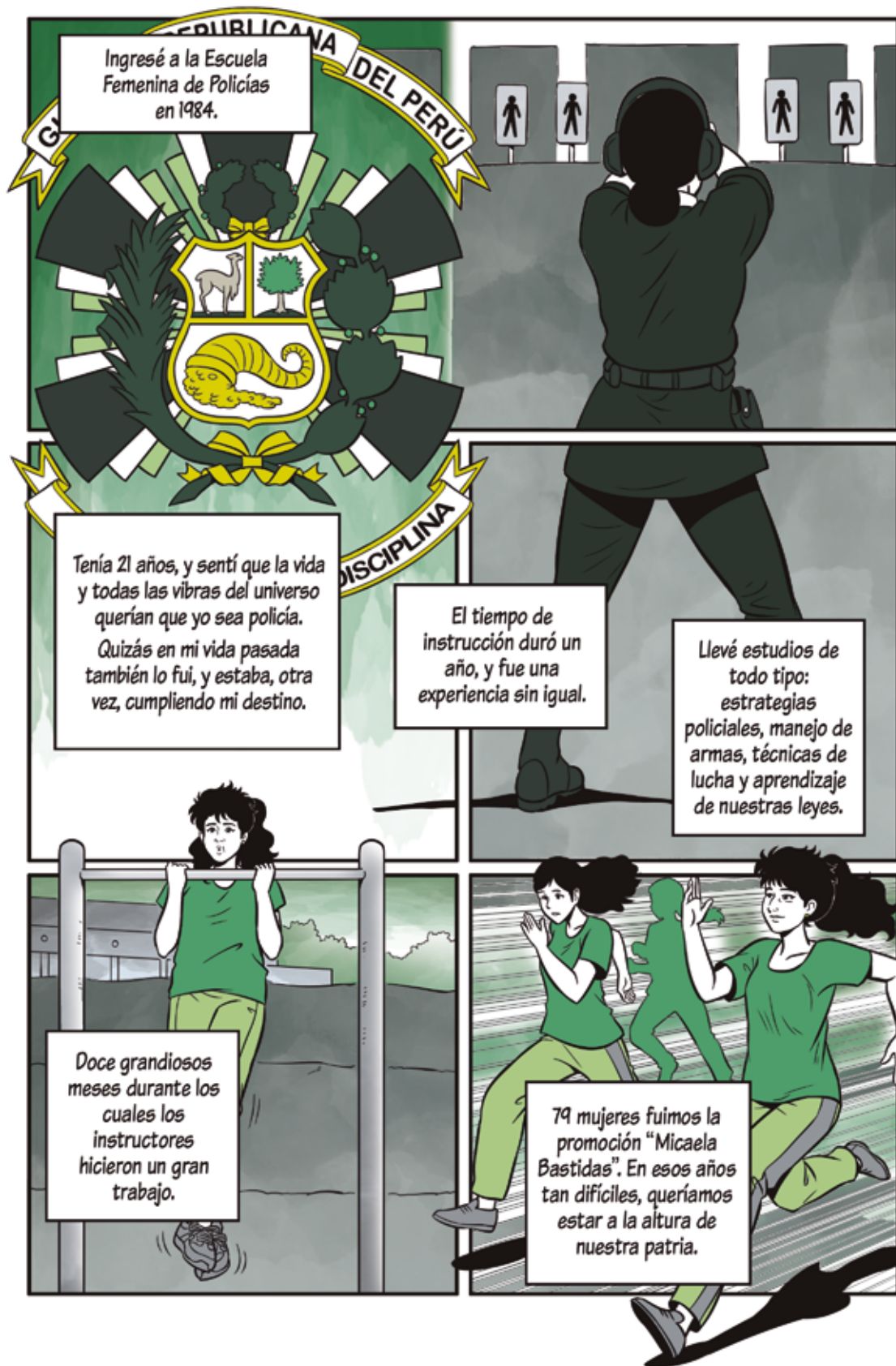
La Policía Nacional del Perú existe desde 1987, cuando se unificaron sus tres cuerpos:

La Guardia Civil (GC), la Policía de Investigaciones (PIP) y la Guardia Republicana (GRP).



El 2 de mayo es el día de la policía femenina porque ese día en 1956 ingresaron 40 mujeres a cargos administrativos de la PIP. La Guardia Civil admitió mujeres en 1977 y la Guardia Republicana en 1982.

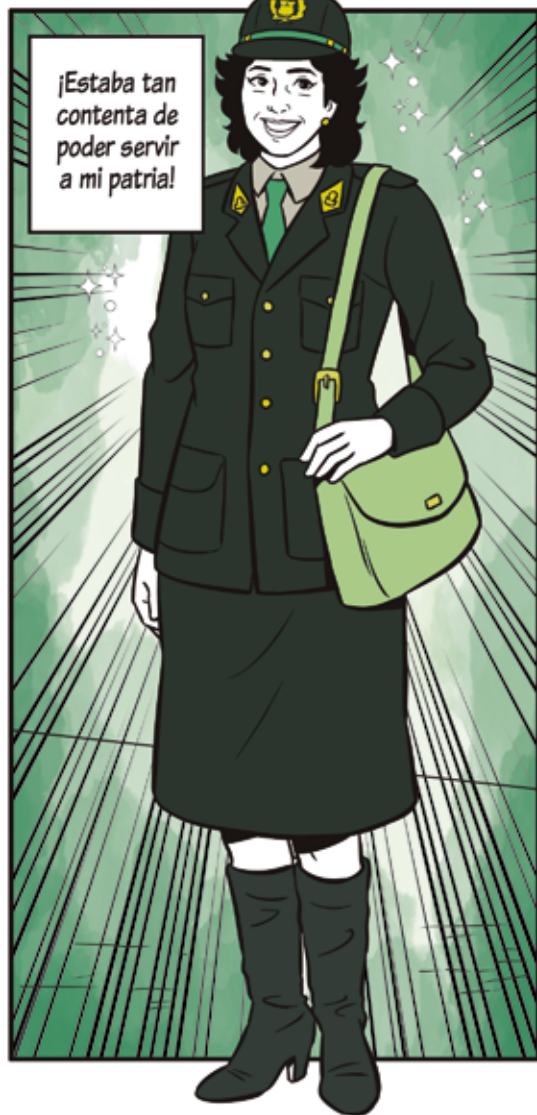




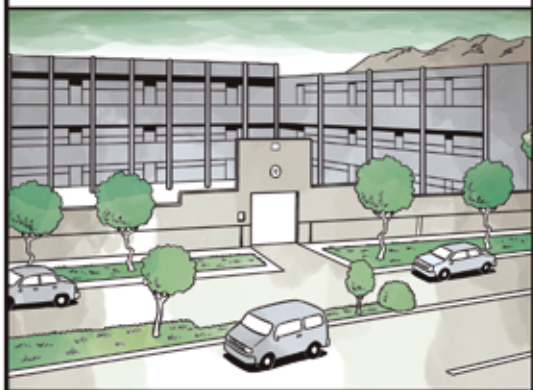
Recién egresada de la Escuela Femenina de la Policía en 1985, tuve la suerte de escoger mi primer lugar de trabajo.



¡Estaba tan contenta de poder servir a mi patria!



Yo tenía aún la pasión de querer ser docente. Por eso pedí ser destacada al colegio Precursores de la Independencia, en Los Olivos.



Fue una buena etapa, me gustaba mucho ver a los niños y jóvenes correr por el patio. Siempre vigilaba que estén dentro de sus aulas durante las horas de clase.





Luego del colegio me destacaron a la Séptima Región de Lima. En ese tiempo era la Segunda Región de la Guardia Republicana, para los destacamentos de seguridad de Lima. De ahí llegué a la Dirección de Recursos Humanos.



Después trabajé en el Ministerio de Relaciones Exteriores...



... luego, en el Ministerio de Energía y Minas.



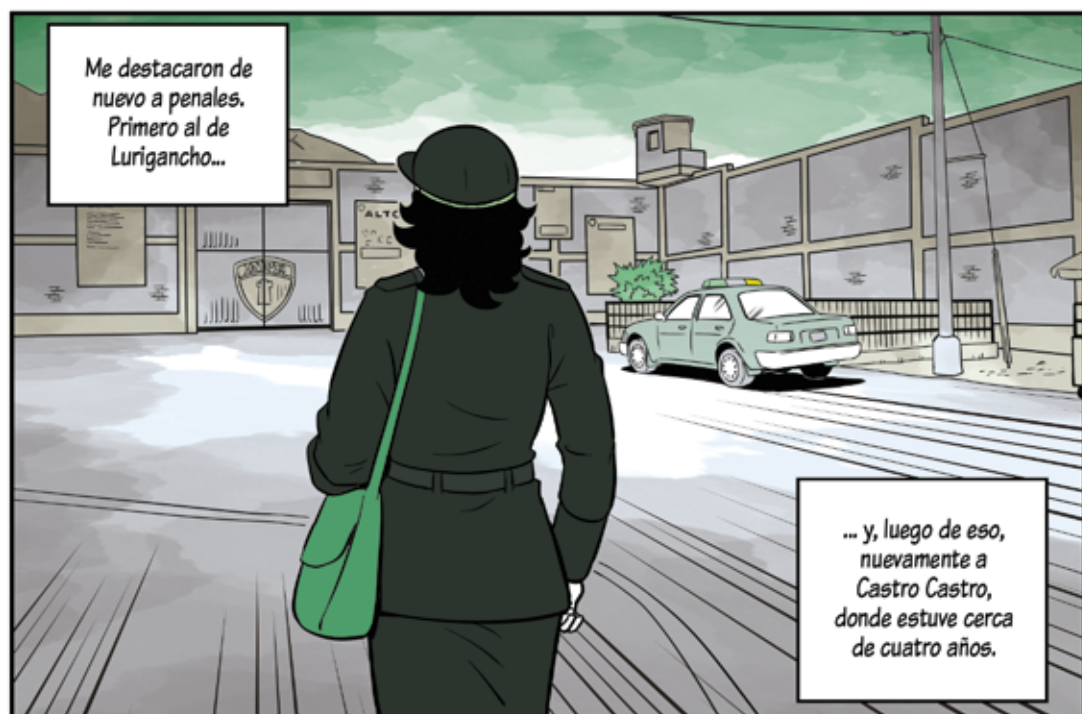
Más adelante, por primera vez en penales; en el penal Castro Castro.



De ahí me destacaron a la Municipalidad de Lima. También rotaba entre el Congreso y el Palacio de Justicia.



Y después de eso empezaron los tiempos más difíciles...



Me destacaron de nuevo a penales. Primero al de Lurigancho...

... y, luego de eso, nuevamente a Castro Castro, donde estuve cerca de cuatro años.

Esas eran nuestras opciones dentro de la Guardia Republicana: servicios públicos, penales o fronteras.

En esos tiempos no había los famosos "vigilantes". Debido al crecimiento del terrorismo, por medidas de seguridad, los policías teníamos que estar en todos lados: revisábamos documentos, paquetes, carteras.

Así estuve durante todo el 85, y el 86, 87, 88, 89, 90, 91 y 92.

Mi último trabajo fue en la Contraloría General de la República.

CONTRALORIA GENERAL DE LA REPUBLICA

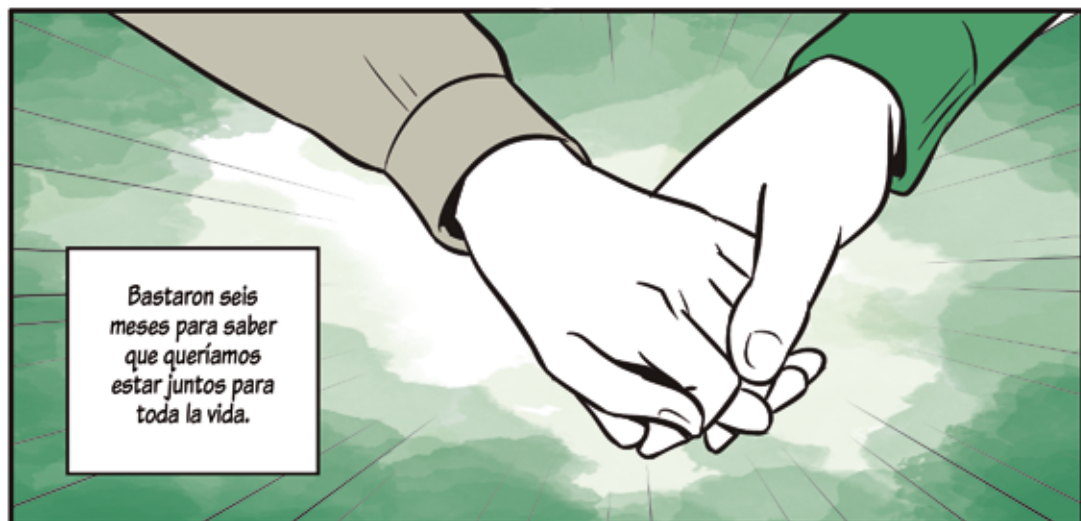


Fue entonces que conocí al amor de mi vida:

Elfren Santiago Poémape Zorrilla



Pasamos de ser compañeros leales, durante largas jornadas de vigilancia, a acompañarnos y conversar sobre música y discos, conocernos más y, a pesar de nuestras diferencias, enamorarnos.



Bastaron seis meses para saber que queríamos estar juntos para toda la vida.



Mientras estuve destacada por primera vez en el penal Castro Castro, pedí vacaciones para poder casarnos.

Nos casamos
en San Pedro
de Lloc, en
1987.

En mi familia había
un poco de
desconfianza y
oposición.
Ambos lo sabíamos.



Pero nosotros
estábamos muy
seguros,
enamorados y
felices.

Incluso, ya para ese
entonces teníamos
construida parte de
nuestra casa en San
Juan de Lurigancho...

... sin saber el
destino que me
esperaba.



Cuando me destacaron a la
Municipalidad de Lima, ya
estaba embarazada de
nuestro primer hijo.
De ahí volví a los penales,
empezando una etapa de
trabajo que me dejó
profundas huellas...



Primero fue el
Penal de
Lurigancho.

La noticia me cayó
como agua fría.
No me lo esperaba y no
me gustaba.



Pero no me quedó otra
que acatar la orden del
comando policial.
Sentí algo de pesar.



Algunos de mis colegas
no querían ir porque las
cárceles, en esos
tiempos, estaban repletas
de terroristas...





Sin embargo, Lurigancho no pareció tan conflictivo y no tuve problemas para ejercer mi labor.

Hubo algunos insultos y amenazas, pero habrá sido un par de veces.

Mis problemas ahí fueron otros.



Ya había nacido nuestro primer hijo. Y la labor de una mujer policía en penales no siempre era compatible con la lactancia.

Estoy llegando tarde al trabajo, pero cómo dejarte, hijito.



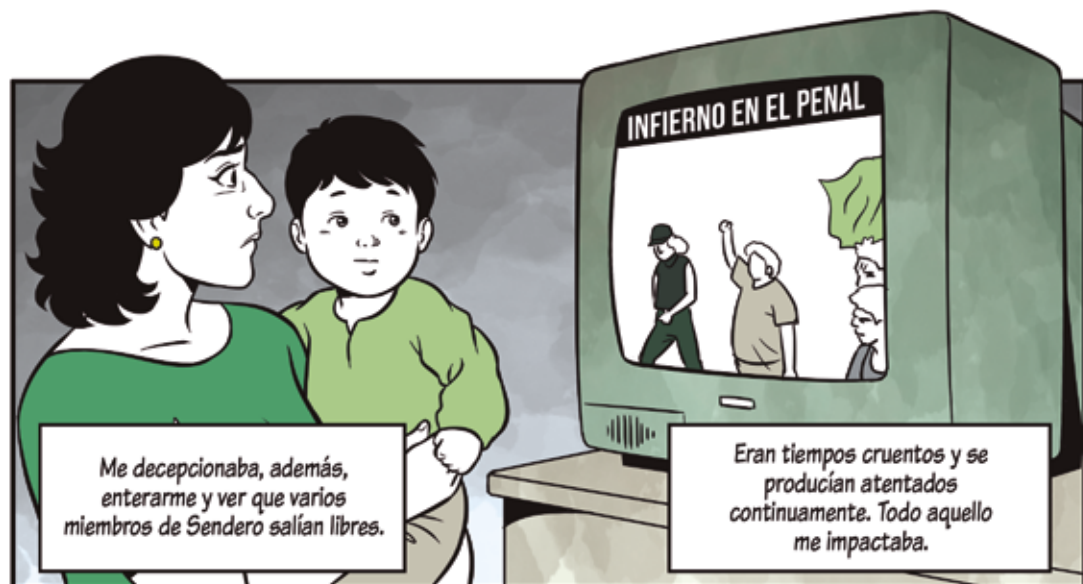
Me están amonestando mucho, y me está dando mucho estrés.

¿Qué hago?!



A punto de quebrarme, una colega me recomendó hablar con el comandante de turno, lo cual resultó en mi nuevo trabajo como custodia en el penal Castro Castro. Allí, a pesar de las ventajas que me dieron respecto a la lactancia, la experiencia fue... muy distinta.





Me decepcionaba, además, enterarme y ver que varios miembros de Sendero salían libres.

Eran tiempos cruentos y se producían atentados continuamente. Todo aquello me impactaba.



Ya no quisiera seguir en prisiones.

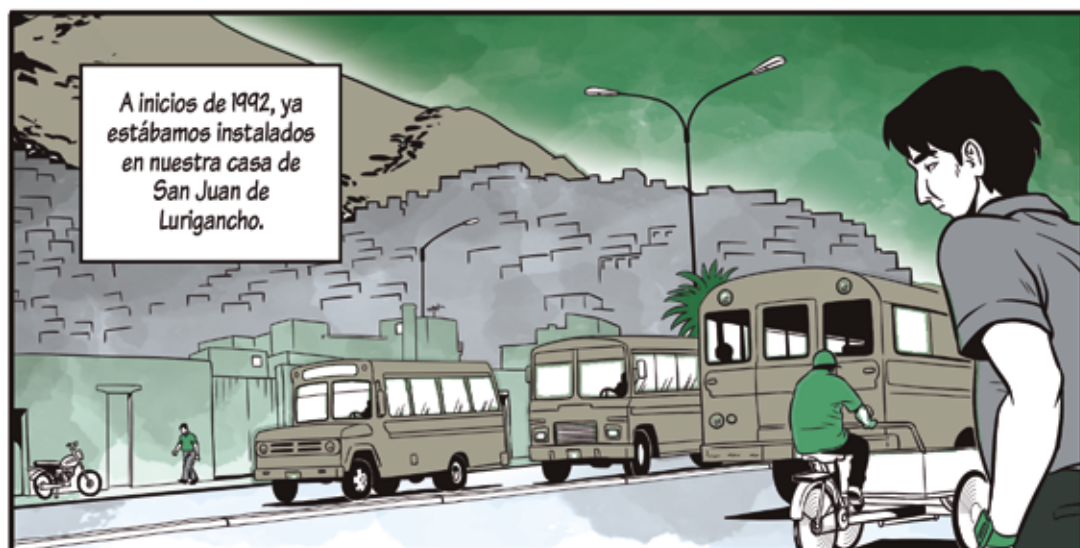
Cómo me gustaría estar en algún cargo administrativo o de seguridad...



Por suerte, a inicios de 1990, me ordenaron dejar la labor de seguridad carcelaria, pero sentí que ya estaba marcada.

Ya no me sentía segura, me sentía en la mira del terrorismo.





A inicios de 1992, ya
estábamos instalados
en nuestra casa de
San Juan de
Lurigancho.

En esas idas y venidas de la
casa al trabajo, empecé a ver
a muchos hombres y
mujeres, cabecillas de
Sendero Luminoso, libres por
las calles de Canto Grande.



El sistema
penitenciario
había colapsado y
habían soltado a
muchos.



Por seguridad, no
vestía uniforme y
pagaba mi pasaje,
para que no me
reconocieran como
policía.



Mi esposo y
muchos otros
policías
también
hacían lo
mismo.







Este encuentro me dejó mal.
Ya estaba prevenida: sabía que en cualquier momento me iba a encontrar con miembros de Sendero en algún bus.



Ya en mi casa...

Elfren, tenemos que irnos de Canto Grande, mudémonos.



Sí, bueno. No es seguro ya quedarse aquí. Con nuestro sueldo a ver qué podemos conseguir.

Vayamos buscando.

Sentía que el peligro rondaba en cada esquina, que algo me podría pasar. Y no me equivoqué...

Dos días después del atentado, la noticia en un diario me daba por muerta. Quizás para protegerme, quizás fue un mensaje de Sendero Luminoso.

OJO - Lima, jueves 02 de abril de 1995 **Terrorista que fingía ser pasajera le disparó delante de su esposo** **Acribillan mujer policía cuando subía a microbús**

Una chica policía que viajaba en el microbús...
El atentado se cometió...
La víctima fue...
El esposo de la víctima...
La víctima fue...
El atentado se cometió...

La víctima fue...
El atentado se cometió...
La víctima fue...
El atentado se cometió...

La víctima fue...
El atentado se cometió...
La víctima fue...
El atentado se cometió...

La víctima fue...
El atentado se cometió...
La víctima fue...
El atentado se cometió...

La víctima fue...
El atentado se cometió...
La víctima fue...
El atentado se cometió...

La víctima fue...
El atentado se cometió...
La víctima fue...
El atentado se cometió...

Nunca lo sabré. "Mejor que crean que estoy muerta", pensé.



Tenía la boca llena de tubos por lo que a duras penas le pude hacer señas a la enfermera de que quería escribirle algo.



Dice que quiere ver a su esposo.



Elfren pasó muchas noches y amanecidas en el hospital. Siempre estuvo allí. Durmiendo sobre una frazada en las escaleras desde el primer día, pasando por la angustia de querer saber de mí...



Por favor, enfermera, ¿cómo está? ¿Ya despertó?



Nunca se apartó de mí. Vigilaba la puerta de la habitación y se aseguraba de que nadie extraño pudiera enterarse de mi estado. No podíamos estar seguros de que yo estuviera totalmente fuera de peligro y, dado que la prensa había anunciado que yo había muerto, ni mi familia estaba enterada de mi situación.

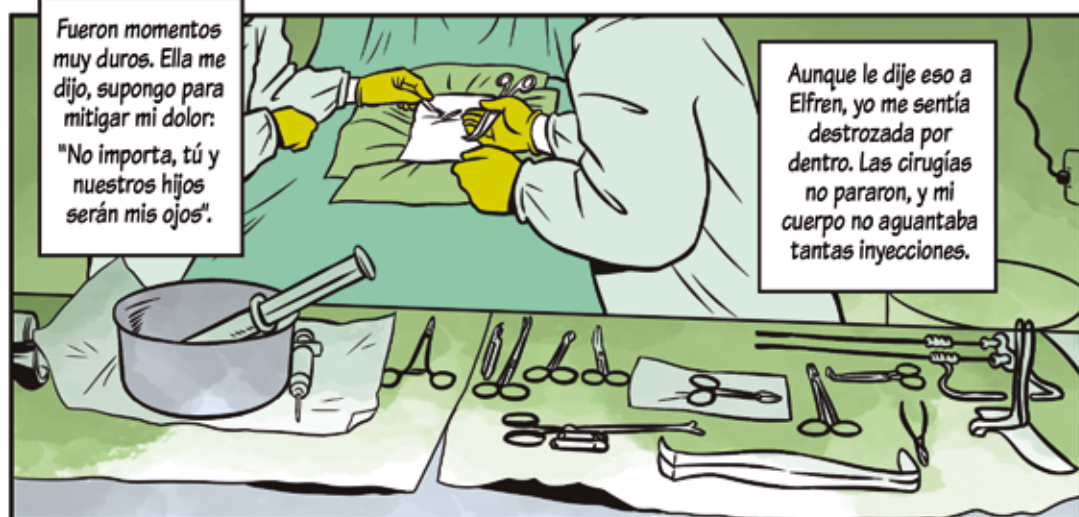
Desde el primer día fui operada de emergencia, debido a la gravedad de mi estado. Al tercer día me intervinieron quirúrgicamente en oftalmología. El diagnóstico inmediato fue ceguera irreversible, de ambos ojos. Entonces, por fin, Elfren pudo entrar a verme.

Pude entrar a verla y me impacté. Mi esposa estaba destrozada. Tenía la cara hinchada, le faltaba un ojo, el pelo cortado totalmente.



Era otra persona. Y me quedé sin palabras cuando me dijeron que ya no iba a ver. Yo se lo tuve que decir.





Fueron momentos muy duros. Ella me dijo, supongo para mitigar mi dolor: "No importa, tú y nuestros hijos serán mis ojos".

Aunque le dije eso a Elfren, yo me sentía destrozada por dentro. Las cirugías no pararon, y mi cuerpo no aguantaba tantas inyecciones.



Sentía mucha pena. Además, porque no podía ver a mis pequeños. Los niños no pueden entrar a Cuidados Intensivos.

Durante esos primeros días de convalecencia, no podía dejar de pensar "¿Por qué a mí?!"

Lloraba hasta quedarme dormida.



A los 15 días de estar internada, comencé a tener mucha fiebre. Nadie sabía la razón. Un oftalmólogo determinó que debía extirpar el ojo derecho para prevenir la escalada de una infección.

No hay una forma fácil de decir todo esto, después de lo que has vivido. Pero es necesario realizar el procedimiento...

Cuando superes la infección, la fiebre bajará y podrás comenzar a sanarte, Ana.



Enfermera, tengo escalofríos y mi cuerpo entumecido, van ya unos días desde la operación y la fiebre no hace más que empeorar.



Luego de limpiar la herida, la fiebre desapareció; pero ya había quedado en una situación de ceguera irreversible. Con los días me enteré de que la extirpación de mi ojo derecho no habría sido necesaria, pues la infección era por la herida de bala mal atendida. Fue otro golpe más, creo que nunca en mi vida lloré tanto como esa noche.



A los 30 días, mi cuerpo ya se estaba recuperando y mi mente también.



Escuché que pronto me darían de alta. A pesar de que aún me costaba acostumbrarme a la ceguera y me sentía mareada, tenía ya ganas de regresar a mi casa y rehacer mi vida, estar con mis hijitos.

Pero también pensaba mucho en Elfren. Lo amo tanto que me partía el alma pensar que pudiera ser infeliz conmigo, que yo fuera una carga en su vida.

No puedes quedarte conmigo, Elfren, no es justo para ti, eres un hombre joven.



¿Qué? No seas loca, tú eres el amor de mi vida, Ana, somos una familia. Te amo, mis hijos y tú lo son todo para mí.



Siempre pensé que él es una bendición en mi vida. Yo ya no podía ver, pero él fue mi guía y me cuidó siempre de forma abnegada.

Los 45 días que estuve en el hospital fueron como un entrenamiento para mis sentidos. Recuperé mis ganas de vivir, de reír, de ser libre. Aún tenía miedo, pero estaba lista para intentarlo. Descubrir que el resto de mis sentidos me ayudarían a enfrentar mi ceguera fue asombroso.

No podía evitar, a veces, las ganas de llorar, pero trataba de espantar esa bruma y tranquilizarme. Pienso que el sufrimiento me enseñó de qué estoy hecha.

Agradecía, sobre todo, el estar viva y no haber desistido en la lucha por vivir. Mis hijitos fueron mi gran motivación, ellos también son mis ojos. Por eso lo que me ocurrió al regresar a casa fue una de las cosas más difíciles de aceptar para mí.

No los vi, pero los pude percibir, los sentía...

Ambos estaban tristes y asustados, se refugiaron en Elfren al verme. Mis hijos no me reconocieron.

¿Quién eres? Tú no eres mi mamá.

Esas palabras me desgarraron el alma. No se dejaban agarrar ni cargar por mí, no querían estar conmigo.

Estas primeras semanas están siendo espantosas, los niños solo quieren estar con Elfren. No tengo pelo, tengo un parche en mi rostro y llevo lentes oscuros todo el tiempo. Entiendo, de cierta forma, que mis niños no me reconozcan, o que les cueste hacerlo.





No solo esas cinco balas dejaron secuelas en mi cuerpo, me dolía el corazón recordar cuando estuve en el hospital, escuchando los quejidos de dolor de mis mis colegas lastimados, el llanto de sus familias en los pasillos, la paranoia de que aún podrían buscarme si se enteraban de que estaba viva. Todo eso balanceado con el recuerdo de mis hijitos, el amor y apoyo de Elfren y la amistad que hice con varias de las enfermeras, quienes estuvieron siempre pendientes de mí y tristes por lo que me pasó.

También recordé que hubo detalles que jamás noté, que quizás fui demasiado confiada, como el de una señora que tenía un taller de confección frente a nuestra casa en Canto Grande.



Ahí recuerdo haber visto a la hermana de una interna del penal, Galván se apellidaba, ¿y si por ahí empezó el reglaje?

Cuando tuvimos a nuestro segundo niño contratamos a una niñera; debido al trabajo no podíamos con todo.

Le tomamos mucho cariño. De pronto un día me dijo que se tenía que ir a su tierra a ver a su madre. En la mano tenía una carta con tinta roja. Eso fue justo dos semanas antes del atentado.

¿Casualidad?, no lo sabré jamás.





Abandonamos esa casa por tres años. Luego del atentado estuvimos viviendo en diferentes casas de la familia: de mi cuñada, de mi mamá y de mis suegros, porque dada la situación necesitábamos ayuda mientras acababa de recuperarme.

En medio de todo, yo tenía temor de decirles a mis familiares que había quedado ciega. Por eso decidí alejarme de todos, en especial de mi abuela, a quien yo consideraba mi madre. Pero al no saber de mí empezó a preocuparse y a insistir en verme.



Quando tuve el valor de contarle fue muy emotivo, me comentó que había soñado mucho conmigo.



Nos abrazamos y lloramos juntas. Los malos momentos que hayamos podido tener no significaron nada.

El 30 de setiembre de 1993 la Junta de Sanidad de la Policía Nacional acordó por unanimidad el pase a la situación de retiro de la suboficial de Ira Ana Carolina Lira Chumpigahua, por inaptitud psicosomática en condición de invalidez, indicando que esta situación sucedió en acto de servicio.

Resolvieron pasarme a situación de retiro.



Muchas cosas pasaron por mi cabeza esos días. Contemplar el final de un trabajo que fue tu vida no es sencillo.

Nunca había imaginado que mi carrera en la Policía se acabara tan pronto. Aun así, le agradecía a Dios todos los días el estar viva.



Fui invitada a la iglesia de Canto Grande a dar mi testimonio. Me sentí contenta de oír voces conocidas; sin embargo, el evento se empañó al saber, por medio de unas vecinas, que quizás mi atentado pudo haberse evitado, pues parece que ya se había corrido la voz de que Sendero iba a atacar contra una policía de la zona.



Entendí que ya no podía seguir viviendo en esa casa. Pese a todo el apoyo y cariño de mis vecinos, teníamos que mudarnos.

Lo principal era mudarnos, a pesar de que las cosas ya se habían tranquilizado en cierta medida me aterraba la idea de que le sucediera algo a mi familia. Soñaba con un barrio más tranquilo, más seguro para que crecieran mis hijos.





Entonces, Dios escuchó mis plegarias. Recibí una llamada de María Luyo Rizzo, una colega y gran amiga, a quien conocí durante nuestra labor en penales. Ella había ingresado a trabajar en la Dirección de Derechos Humanos del Viceministerio del Interior y supo que el Estado estaba otorgando casas a los policías, sus viudas y huérfanos víctimas del terrorismo. Podíamos ser especialmente beneficiados quienes habíamos sufrido atentados o accidentes; por eso nos informó.

Ana, el Ministerio del Interior lo promueve previa revisión de tu caso. Pienso que tú lo ameritas, y mucho.

Elfren estaba conmigo en todo momento, mientras esperábamos podía imaginar que no sería la única que anhelaba tener una casa para comenzar de nuevo.



¿Cuántos estamos esperando, Elfren?

Cuatro, sin contarnos, Ana. A uno le falta un brazo, a otro una pierna, dos van en silla de ruedas.

Sentí el pesar en la voz de Elfren, no podía dejar de pensar en las circunstancias que nos habían llevado ahí a esperar una casa.

Momentos más tarde, nos entrevistamos con el jefe de Bienestar de la PNP.



Soy la suboficial Ana Lira. Sufrí un atentado a manos de Sendero Luminoso. Vengo por la posibilidad de que me puedan otorgar una casa, por favor.

Creo que ser la única mujer policía sobreviviente de un atentado contribuyó a que resultara beneficiada con una de las casas que el Gobierno estaba otorgando ¡Nos dieron la última casita! La número 56.

Si bien no nos mudamos inmediatamente, cuando finalmente pudimos instalarnos estábamos tan felices que nos tomamos muchas fotos en la casa.



En la casa de Carabayllo tuve que aprender desde cero a orientarme, saber dónde estaban las habitaciones, las cosas... También volví a cocinar, palpando los ingredientes y diferenciando cada uno de los aromas... Me cortaba constantemente, pero poco a poco fui avanzando, a la par que mis hijos se acostumbraron a mi ceguera.



Se convirtieron ahora sí en mis ojos y gran apoyo.

A pesar de que todo en mi hogar iba mejorando y yo me rehabilitaba, no podía dejar de pensar en el resto de policías discapacitados que Elfren me describió en la sala de espera de la Dirección de Bienestar.



Me gustaría que todos los policías que sufran accidentes o atentados sean tratados dignamente y reciban un apoyo considerable para seguir con sus vidas.



Hablé con un amigo abogado y él me recomendó formar una asociación. Luego de muchas reuniones y presentaciones a diferentes instancias del Gobierno, finalmente lo logramos. ¡Fue un gran triunfo para todos!

Empecé a recibir invitaciones de congregaciones para dar mi testimonio de vida y también charlas motivacionales en eventos policiales. Recuerdo una, en el 2002, cuando ya habían pasado diez años desde el atentado.



Sentí muy importante poder dar mi testimonio, pienso que mi historia podría servir para que la sociedad reflexione acerca de lo destructiva que es la violencia, la importancia de la historia, de los eventos que no debemos olvidar para que no se vuelvan a repetir.



Por eso me sentí muy bien de que Elfren y yo pudiéramos dar nuestro testimonio para la CVR en una audiencia pública.

Señores de la Comisión de la Verdad, muchas gracias por darme esta oportunidad. Le doy gracias a la institución a la cual represento, le agradezco también en nombre de mi esposo....

Fue así como hablé de la experiencia que tuve, paso por paso, detalle a detalle, cómo me afectó, afectó a mi familia, datos de mi vida y cómo sobreviví.



Elfren también dio su testimonio, pude sentir que, a pesar del tiempo transcurrido, las secuelas emocionales no se habían ido; él estaba conmovido.

Parte del testimonio que di en la CVR fue el siguiente*:

En ese tiempo, en los 80, había mucho amedrentamiento al Poder Judicial, al pueblo. Ya vivíamos casi cuatro años en Cantogrande. Había muchos apagones y ya era algo acostumbrado en la zona que en la oscuridad se viera en los cerros las señales de fuego con la hoz y el martillo.

Hubo muchísimas víctimas por el clima de violencia que vivíamos. La Policía Nacional no escapaba a esta situación. Muchos uniformados fuimos víctimas de atentados terroristas, de comandos de aniquilamiento... Veíamos cómo nuestros colegas eran acribillados a veces en el tránsito o a veces haciendo redadas. Conocí a varias vecinas mías que eran esposas de colegas que habían sido asesinados por elementos terroristas.

Era un tiempo muy difícil; para los terroristas, la vida del policía no valía nada. Cada día era normal leer los diarios y ver que un policía había sido acribillado o que una bomba traicionera había destrozado a un policía. Eso era el diario vivir de los 80, hasta el 90. Nosotros nunca pensamos que nos podría pasar a nosotros.

Entonces, ese día, un 31 de marzo, escuché un estallido. Pensé que era la llanta del carro, de la combi, y no, era el primer disparo que me tiraban por la espalda. De ahí caí y me acuerdo que miré al cielo y dije: ¿Por qué?



*Aquí y en la página siguiente presentamos una versión ligeramente adaptada del testimonio original.

Yo quiero agradecerle sinceramente a Dios esta segunda oportunidad de vida que me da. En verdad, fue difícil recibir la noticia de que no iba a volver a ver. Pensaba en mis hijos, pues de tener una madre sana, tenían que convivir con una madre ciega, discapacitada. Aunque, les digo una cosa: nunca me sentí así. Cuando me recuperé, sentí unas ganas de vivir que no tuve tiempo para decir: «Estoy ciega y, bueno, pues, qué pena». No. Tenía un incentivo y unas ganas de vivir tremendas.

Como le decía a mi esposo, no tenía, ni tengo ningún rencor, ningún odio. Siento una paz dentro de mí, tremenda. Al contrario, sentía pena, por esas personas que creían que con la violencia iban a ganar; la violencia crea dolor y destruye a los seres humanos.

Creo que hay que cambiar el rencor, el odio, para que en nuestro Perú haya más paz. Esta Comisión de la Verdad tiene una palabra que me gusta mucho: «reconciliación». Por eso, espero, honestamente, señores comisionados, que ahora que son como cirujanos que están abriendo estas heridas, que en muchos casos todavía están con pus, de repente están en carne viva, pues tengan esos hisopos y todos los elementos necesarios para que puedan cicatrizar.

¿Duele? Sí, duele. Esta familia sufrió, pero tiene muchas ganas de seguir adelante. Yo le agradezco a mi institución porque me mantiene con un deseo de vivir tremendo. La formación que me dieron fue tremenda, me ayudó mucho. Agradezco a las personas que estuvieron a mi lado en momentos muy difíciles de mi vida.

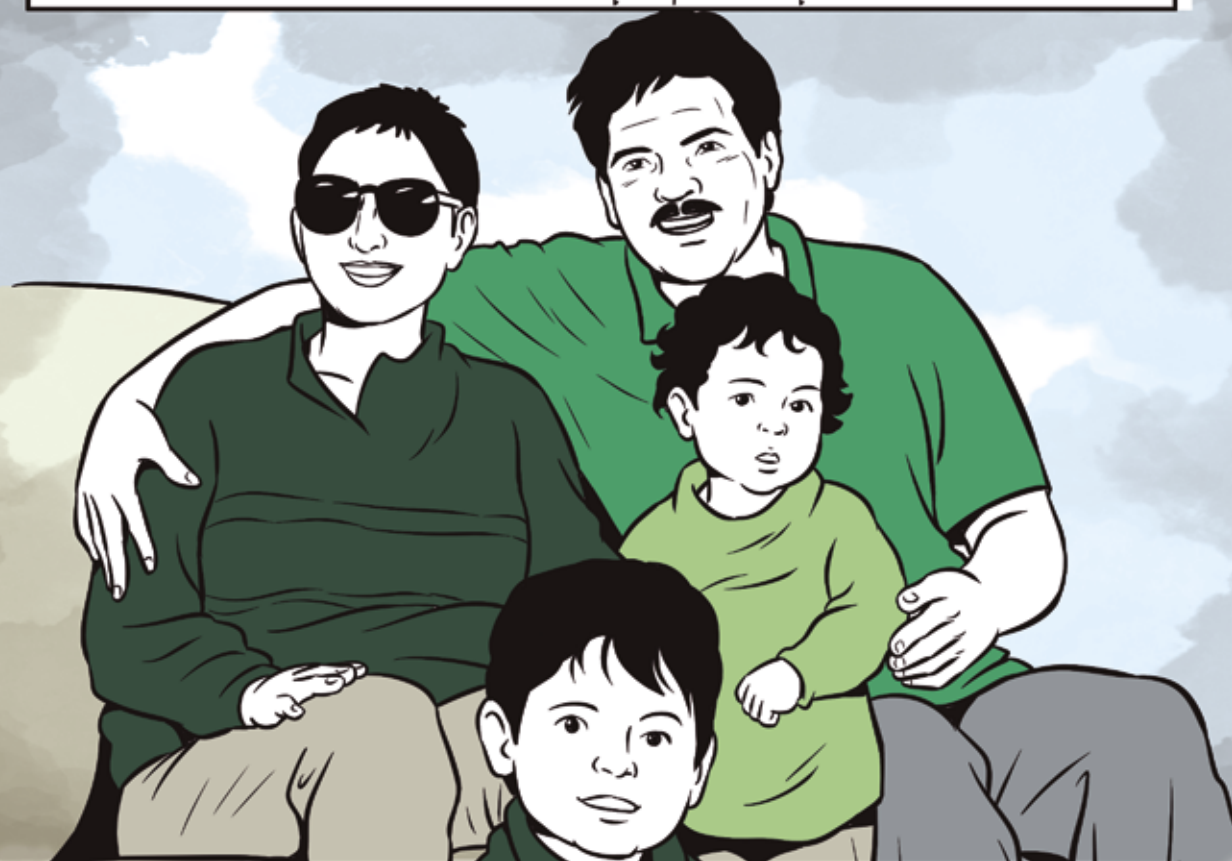
Deseo que esta comisión logre sus metas, sus anhelos, porque sé que esa palabra, «reconciliación», va a darse cuando todos los peruanos nos unamos en una sola cosa: paz, democracia, pero con paz.

Le deseo lo mejor a ustedes y que este testimonio de esta familia, de esta mujer que ustedes ven acá, no sea solamente para revivir momentos difíciles que hemos pasado, sino que aprendamos del dolor y que sigamos adelante a pesar de todo. Les doy muchas gracias.





Y la respuesta, siempre, estuvo en Dios, mi patria y mi familia. El saber que aún estaba para ellos y que me necesitaban era una motivación que superaba cualquier dolor.



Tuve la bendición de haber conocido a mi esposo Elfren. Sin duda él es mi corazón, mi alma, no imagino una vida sin él. Ha estado a mi lado durante toda esta experiencia. Aun cuando se lo pedí, jamás me dejó sola, jamás. Es el amor más grande que he tenido, así como el de mis hijos.

Con el tiempo, con nuestros hijos ya mayores, nos mudamos una vez más, hasta recalar en nuestro departamento actual, el que aún estamos pagando en cuotas. Todo vale la pena por tener algo de tranquilidad.



Eso es lo que más quería en esta vida: tranquilidad. Por eso me conmoví mucho cuando me enteré de que mi madre biológica me estuvo buscando, que quería verme.

Ella se llama María y es originaria de Huicungo, en Juanjuí. Estuvo en Lima algún tiempo, pero por circunstancias muy dolorosas tuvo que regresar a su tierra y me dejó con mi mamá Anita, mi abuelita en realidad, quien me crió y educó.



Después de buscarla, mi hermano Santos la encontró y me dijo que ella quería verme, y me pasó su teléfono.



Se lo conté a Elfren, les conté a mis hijos. Estuve tres días casi sin dormir, pensando y pensando.

Señor, ¿qué hago? Ella es mi mamá, o sea, ella me engendró. Pero... ¿Por qué ahora? ¿Cómo le digo? ¿Mamá? ¿María? ¿Señora? Y el Señor me dijo algo muy bonito.

Me dijo: "Mira, ella te engendró y tú tuviste el privilegio de tener dos madres. Te engendró una y te crió otra. Pero las dos te las mandé yo. Así que tú tienes que ser una mujer agradecida. Tú eres mamá".



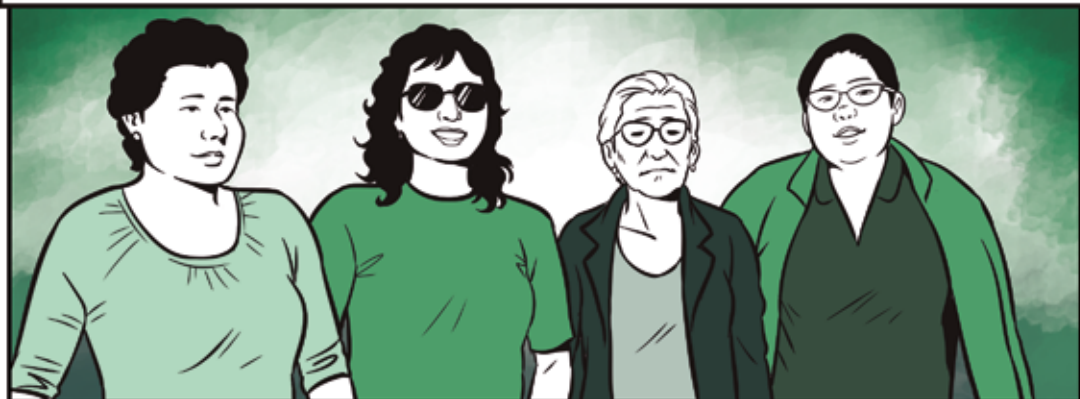
Fue así que nuestro primer encuentro se dio en el año 2017. Fue muy emotivo: ella me vio y se puso a llorar.

Le dije: "María, tranquila porque si tú te pones así, me vas a poner a mí así y vamos a ser dos que vamos a estar mal".

Entonces nos pusimos al día, supimos después de tantos años que había sido la una de la otra.



Pero, ¿por qué ahora?... ¡Porque era el tiempo, pues! Era el momento del encuentro de dos mujeres que estaban necesitándose hace 53 años. Y ya, estamos juntas ahora, conversamos mucho, nos llamamos, siempre buscamos saber una de la otra.



Después de un tiempo, viajé a Juanjuí, cuando mi mamá María cumplió 80 años, y pude conocer a mis hermanos, conocer el calor de su tierra y el calor de una madre que añoraba poder abrazar a su hija y por la que pedía a Dios que me dure más.

Actualmente, Ana colabora con la Asociación de Policías Femeninas del Perú-Apolfem, que ayuda de manera voluntaria y asistencial a otros policías en los hospitales de la Policía Nacional. Además, ella y su esposo se dedican a dar consejería matrimonial y charlas motivacionales a la Policía Femenina.



Haber llegado hasta aquí ha sido toda una aventura que me enseñó a enfrentar las adversidades y desgracias, que la violencia no es la respuesta, y que la vida es primero que todo.

Aprender a perdonar ha sido fundamental para recuperarme y salir adelante.

Mis ojos fueron arrebatados por amor a mi patria, por cumplir mi labor policial en aquel abismo. Mi vida pudo haber terminado. Pero si me preguntan si volvería a vestir el uniforme y dar mi vida por mi país, la daría otra vez si fuese necesario.

Esta ha sido mi historia. Mi esposo, mis hijos Johan y Jorge, y yo les damos las gracias por conocerla.



SOBRE ESTE LIBRO

Ana Lira es una heroína de la Policía Nacional del Perú. Sufrió un atentado a manos del grupo terrorista Sendero Luminoso en San Juan de Lurigancho el 31 de marzo de 1992, tras el cual quedó gravemente herida y perdió la vista. La suya es una historia de dolor y sufrimiento en una de las épocas más violentas que hemos vivido como país, que ha dejado profundas huellas en nosotros. Pero también es una historia de amor, esperanza, reconciliación y fe. Esta es la historia de una mujer feliz que lo ha superado todo.

Este libro forma parte de la serie de narrativa gráfica Maneras peruanas, que integra la Biblioteca Bicentenario del Proyecto Especial Bicentenario de la Independencia del Perú. Todos nuestros libros buscan contribuir a la conmemoración del Bicentenario, ampliando el conocimiento histórico sobre nuestra independencia y república, y fomentando la reflexión crítica sobre el país que hemos construido hasta ahora. Para cumplir este propósito, esta serie ofrece a los lectores historias de vida de peruanos y peruanas de diversos orígenes sociales, económicos y regionales, cuyas vidas cotidianas son testimonios de lucha y forja del país. En cada libro descubrimos una historia de vida atravesada y definida por alguna arista de la vida nacional, haciendo de la serie un conjunto plural de historias que revelan la diversidad y complejidad de la república peruana desde su dimensión más humana.

Proyecto Especial Bicentenario de la Independencia del Perú

ESTACIÓN
LA CULTURA
GRUPO EDITORIAL



ANA LIRA



PERÚ

Ministerio de Cultura



BICENTENARIO
PERÚ